

**KURT  
VONNEGUT**

**BUENA  
PUNTERÍA**

o El Francotirador



En esta novela Kurt Vonnegut describe la vida de una pequeña ciudad norteamericana. Rudolf Waltz, abrumado por la culpa de un doble asesinato cometido en su temprana adolescencia, influido por las costumbres excéntricas del padre y la apatía de la madre, es incapaz de comunicarse con los demás. Tiene una visión distorsionada de la vida y sólo atina a seguir el camino que le imponen las circunstancias. Ciertos personajes entran en escena, como Eleanor Roosevelt, o un tal Adolfo Hitler, pintor ignoto salvado de morir de hambre por el padre de Rudolf. La trama tiene derivaciones insólitas, como la explosión accidental de una bomba neutrónica que mata a cien mil personas. *Buena Puntería* es una novela ágil y disparatada, escéptica pero atenuada por un cáustico sentido del humor.

*A Jill*

## Prólogo

*Deadeye*<sup>[1]</sup> *Dick*, como *Barnacle Bill*, es un sobrenombre de marinero. El apodo hace referencia a un bloque de madera redondeado, usualmente sujeto con soga o cable y lleno de agujeros. Por éstos, en los antiguos buques de vela, pasaba una multitud de cabos, generalmente obenques o estays. Pero en el Medio Oeste norteamericano de mi juventud, *Deadeye Dick* era el tratamiento acordado a menudo a los virtuosos de las armas de fuego.

Conque es una especie de sobrenombre dipneo. Nació en el océano pero se adaptó a la vida en tierra.

Este libro contiene varias recetas, incluidas como interludios musicales para las glándulas salivales. Se inspiraron en *American Cookery*, de James Beard, *The Classic Italian Cook Book*, de Marcella Hazan y *The African Cookbook*, de Bea Sandler. Pero he chapuceado los originales para que nadie use esta novela como libro de cocina. De cualquier forma, todo cocinero serio debería tenerlos en su biblioteca.

El Grand Hotel Oloffson, de Puerto Príncipe, Haití, que aparece en este libro, es real. Me encanta, como les encantaría a casi todos los que fueran a él. Con mi querida esposa Jill Krementz estuvimos en la llamada «Cabaña de James Jones», que fue construida como quirófano cuando el hotel era cuartel general de una brigada de infantes de marina

de los Estados Unidos, que ocuparon Haití desde 1915 hasta 1934 para proteger los intereses financieros norteamericanos.

Después decoraron el exterior de esa austera caja de madera con adornos extravagantes, al igual que el resto del hotel.

Dicho sea de paso, la moneda corriente en Haití se basa en el dólar norteamericano, que vale lo mismo que uno haitiano y que forma parte de la circulación general. Pero no parece existir plan alguno para retirar los billetes gastados y reemplazarlos por nuevos, así que allá es común tratar con la máxima seriedad a un dólar que es tan inmaterial como papel de cigarrillo y que se ha encogido hasta tener el tamaño de una estampilla de vía aérea.

Hace un par de años, de regreso de Haití, encontré en casa uno de esos billetes y lo envié de vuelta por correo a Al y Sue Keitz, propietarios y anfitriones del Oloffson, pidiéndoles que lo restituyeran a su medio ambiente natural. En la ciudad de Nueva York no habría sobrevivido un solo día.

James Jones (1921-1977), el novelista norteamericano, se casó efectivamente con su esposa Gloria en esa cabaña, antes de que le dieran su nombre. De modo que hospedarse allí es un honor literario.

Se cree que hay un fantasma, no el de James Jones sino de otra persona. Nosotros no lo vimos. Lo describen como un hombre blanco joven, de chaqueta blanca, posiblemente algún tipo de asistente médico. La cabaña tiene sólo dos puertas: una trasera, que da a la parte principal del hotel, y una delantera, que da a un porche. Dicen que el fantasma sigue el mismo camino cada vez que aparece. Entra por la puerta trasera, busca algo en un mueble que ya no existe y

luego sale por la puerta delantera. Al atravesar esa puerta desaparece. Nunca lo vieron en la parte principal del hotel ni en el porche.

Quizá tenga la conciencia intranquila por algo que hizo o vio hacer cuando la cabaña era sala de operaciones.

En este libro se mencionan cuatro pintores reales: uno de ellos vive y tres fallecieron. El que vive es mi amigo Cliff McCarthy, de Athens, Ohio. Los fallecidos son John Rettig, Frank Duveneck y Adolfo Hitler.

Cliff McCarthy tiene aproximadamente mi edad y proviene más o menos de la misma parte de Estados Unidos que yo. Cuando iba a la escuela de arte le enseñaron que el peor pintor era el ecléctico, que toma prestado de aquí y de allá. Pero después de una muestra de treinta años de su trabajo en la Universidad de Ohio dice:

—Observo que he sido ecléctico.

Sus pinturas son fuertes y hermosas. Mi obra favorita es *La Madre del Artista Desposada* en 1917. La mujer está vestida de fiesta, es una época cálida del año y alguien la ha persuadido de que pose en la proa de un bote de remos. El bote está en un área estrecha de aguas totalmente inmóviles, probablemente un río pequeño cuya orilla opuesta, muy frondosa, está a sólo cincuenta metros. Ríe.

Existió un John Rettig y su cuadro *Crucifixión en Roma*, que está en el Museo de Arte de Cincinnati, es tal como lo he descrito.

Hubo realmente un Frank Duveneck y en verdad poseo un cuadro pintado por él: *Cabeza de Jovencito*. Es un tesoro que me dejó mi padre. Solía pensar que era un retrato de mi hermano Bernard por lo mucho que se le parece.

Y hubo realmente un Adolfo Hitler, que estudió arte en Viena antes de la Primera Guerra Mundial y cuyo mejor cuadro quizás haya sido: *La Iglesia Franciscana de Viena*.

Voy a explicar los principales símbolos de este libro.

Hay un centro artístico vacío, abandonado, que tiene forma esférica. Es mi cabeza al aproximarse mi sexagésimo cumpleaños.

Hay una explosión de una bomba neutrónica en un área poblada. Es la desaparición de tanta gente de Indianápolis que apreciaba cuando empecé mi carrera de escritor. Indianápolis sigue allí, pero la gente no.

Haití es Nueva York, donde ahora vivo.

El farmacéutico frustrado que hace el relato es mi sexualidad declinante. El crimen que cometió en la niñez son todas las cosas malas que hice.

Esto es ficción, no historia, así que no se debe usar este libro como obra de consulta. Por ejemplo, digo que el embajador de los Estados Unidos en Austria-Hungría cuando estalló la Primera Guerra Mundial era Henry Clowes, de Ohio. El verdadero embajador era Frederic Courtland Penfield, de Connecticut.

También digo que la bomba de neutrones es una especie de varita mágica, que mata instantáneamente a la gente pero deja intactos sus bienes. Se trata de una fantasía que pedí prestada a los entusiastas de una Tercera Guerra Mundial. Una verdadera bomba de neutrones, detonada en una zona poblada, causaría muchísimo más sufrimiento y destrucción de los que describí.

También tergiversé el *créole* exactamente como podría hacerlo el narrador, Rudy Waltz, al aprender ese dialecto francés. Digo que tiene un solo tiempo verbal: el presente. El *créole* sólo parece tener un tiempo para el principiante, en especial si los que le hablan saben que el presente es el más fácil para él.

Paz.

K. V.



¿Quién es Celia? ¿Qué es,  
que todos sus enamorados la ensalzan?

OTTO WALTZ  
(1892-1960)

A los que aún no nacieron; a todos los inocentes hacecillos indistinguibles de la nada: ¡cuidado con la vida!

Yo la contraje. Caí enfermo de vida. Era un hacecillo indistinguible de la nada y de repente se abrió una pequeña mirilla. Luz y sonido entraron a raudales. Las voces empezaron a describirme a mí y al miedo que me rodeaba. Lo que decían era inapelable. Dijeron que era un muchacho llamado Rudolph Waltz y se acabó. Dijeron que corría el año 1932 y se acabó. Dijeron que estaba en Midland City, Ohio, y se acabó.

No callaron nunca. Año tras año amontonaron detalle sobre detalle. Todavía siguen. ¿Saben lo que dicen ahora? Que estamos en 1982 y que tengo cincuenta años.

Pamplinas.

Mi padre fue Otto Waltz, cuya mirilla se abrió en 1892. Entre otras cosas, le dijeron que era heredero de una fortuna amasada principalmente con una medicina de curanderos conocida como «Remedio de San Telmo». Era alcohol de grano teñido de púrpura, sazonado con clavo de olor y raíz de zarzaparrilla y rociado con opio y cocaína. Según un dicho gracioso, era absolutamente inofensivo a menos que se interrumpiera su consumo.

Él también nació en Midland City. Apenas era un niño cuando su madre, casi sin ningún fundamento, llegó a la conclusión de que podía ser otro Leonardo da Vinci. Hizo construir para él, que sólo tenía diez años, un estudio en el piso superior de la cochera, detrás de la mansión familiar, y contrató a un pícaro ebanista alemán, que en su juventud había estudiado arte en Berlín, para que le diera lecciones

de dibujo y pintura durante los fines de semana y después de la escuela.

Fue una vida fácil tanto para el maestro como para el alumno. El maestro se llamaba August Gunther y su mirilla debió de haberse abierto en Alemania alrededor de 1850. La enseñanza rendía tanto como la ebanistería y, a diferencia de ésta, le permitía emborracharse tanto como le placiera.

Además, después de que Papá cambió la voz, Gunther pudo llevarlo en ferrocarril a Indianápolis y Cincinnati y Louisville y Cleveland, para pasar la noche y, aparentemente, visitar galerías y estudios de pintores. También se las arreglaban para emborracharse y convertirse en los favoritos de los prostíbulos más lujosos del Medio Oeste.

¿Acaso alguno de ellos iba a reconocer que Papá era incapaz de pintar o dibujar medianamente bien?

¿Quién más podía detectar el fraude? Nadie. En Midland City, a nadie le interesaba el arte como para advertir si Papá tenía o no tenía talento. Para el resto de la ciudad bien podría haber sido estudiante de sánscrito.

Midland City no era como Viena o París. Ni siquiera como St. Louis o Detroit. Era una Bucyrus. Una Kokomo.

La felonía de Gunther se descubrió, pero demasiado tarde. Los arrestaron en Chicago después que causaron considerables daños materiales en un prostíbulo y se supo que Papá tenía gonorrea y demás. Pero entonces ya era un joven de dieciocho años absolutamente frívolo y disoluto.

Gunther fue censurado, despedido y colocado en la lista negra. Abuela y Abuelo Waltz eran ciudadanos de enorme influencia gracias al Remedio de San Telmo. Difundieron en Midland City la consigna de que ninguna persona

respetable debía emplear a Gunther para trabajos de ebanistería ni de ninguna otra clase... nunca más.

A Papá lo enviaron a Viena a vivir con unos parientes, para que se tratara la gonorrea y se inscribiera en la Academia de Bellas Artes, de fama mundial. Cuando se encontraba en alta mar, en un camarote de primera clase del *Lusitania*, la residencia de sus padres se quemó completamente. Se sospechaba que Gunther había incendiado la mansión, que era digna de verse, pero no se hallaron pruebas.

Los padres de Papá, en lugar de reconstruirla, se fueron a vivir a su finca de cuatrocientas hectáreas situada cerca de Shepherdstown... dejando atrás la cochera y el hoyo del sótano.

Eso fue en 1910, cuatro años antes del estallido de la Primera Guerra Mundial.

Papá se presentó en la Academia de Bellas Artes llevando una carpeta con las pinturas que había producido en Midland City. Yo mismo examiné algunas de las obras de su juventud, sobre las que Mamá solía fantasear después que él murió. Sabía sombrear y esfumar y August Gunther también debió de ser competente en esas materias. Pero, con pocas excepciones, todo lo que Papá pintaba parecía de cemento: una mujer de cemento con vestido de cemento, paseando un perro de cemento; un rebaño de vacas de cemento; un bol de cemento con fruta de cemento, colocado frente a una ventana con cortinas de cemento.

Tampoco era bueno para captar parecidos. En la Academia mostró varios retratos de su madre y no tengo la menor idea de cómo era ella. Su mirilla se cerró mucho antes de que se abriera la mía. Pero sí sé que ninguno de los retratos que pintó Papá se parece en lo más mínimo a otro.

Le dijeron que regresara a la Academia a las dos semanas y entonces le contestarían si lo aceptaban o no.

En esa época andaba en harapos, con un trozo de soga por cinturón, pantalones remendados y demás... aunque recibía de su casa una enorme asignación. Viena era la capital de un gran imperio y había allí tantos uniformes complicados y trajes exóticos, tanto vino y música, que a Papá le parecía un baile de disfraz. Así que decidió ir a la fiesta como artista muerto de hambre. ¡Qué divertido!

En esa época debía de ser muy buen mozo pues cuando lo conocí, un cuarto de siglo más tarde, era en mi opinión el hombre más guapo de Midland City. Fue delgado y erguido hasta el fin. Medía un metro ochenta. Tenía ojos azules y el cabello rubio ensortijado, del que no había perdido casi nada cuando se cerró su mirilla; cuando se le permitió dejar de ser Otto Waltz, cuando volvió a ser simplemente otro hacecillo indistinguible de la nada.

Cuando regresó, al cabo de dos semanas, un profesor le devolvió su carpeta y le dijo que su obra era ridícula. Había allí otro joven harapiento al que también le devolvieron su carpeta con desdén.

Se llamaba Adolfo Hitler. Era austríaco de nacimiento. Provenía de Linz.

Papá estaba tan enfadado con el profesor que allí mismo y en el acto se vengó. Mientras éste miraba, pidió a Hitler que le mostrara algunas de sus obras. Eligió una al azar, dijo que era brillante y se la compró inmediatamente por una suma en efectivo mayor de la que el profesor probablemente podía ganar en un mes o más.

Sólo una hora antes, Hitler había vendido su abrigo, a pesar de que se acercaba el invierno, para conseguir algo de comer. Por lo tanto, si no hubiera sido por mi padre, posiblemente Hitler habría muerto de pulmonía o desnutrición en 1910.

Papá y Hitler anduvieron juntos durante un tiempo, como lo haría cualquiera, consolándose y distrayéndose mu-

tuamente, mofándose del círculo artístico que los había rechazado y cosas por el estilo. Sé que hicieron, solos, varias excursiones a pie. Por Mamá supe de los buenos momentos que pasaron juntos. Cuando tuve edad suficiente como para interesarme por el pasado de Papá, estaba a punto de estallar la Segunda Guerra Mundial. Al referirse a su amistad con Hitler, se le contraían violentamente los maxilares.

Imagínense: mi padre pudo haber estrangulado al peor monstruo del siglo o simplemente haber dejado que se muriese de hambre o de frío. Pero en cambio se convirtió en su compañero del alma.

Creo que ésta es mi principal objeción a la vida: es demasiado fácil, mientras vivimos, cometer errores absolutamente horribles.

El cuadro que Papá le compró a Hitler era una acuarela. Actualmente se admite, en general, que es lo mejor que el monstruo hizo como pintor y durante muchos años, estuvo colgada sobre la cabecera del lecho de mis padres, en Midland City, Ohio. Su título era: *La iglesia Franciscana de Viena*.



Papá, conocido por todos como un millonario americano disfrazado de genio harapiento, fue tan bien recibido en Viena que se quedó allí jaraneando cerca de cuatro años. Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, en agosto de 1914, imaginó que el baile de disfraz iba a convertirse en picnic de disfraz y que la fiesta iba a trasladarse al campo. Era tan feliz e ingenuo y estaba tan encantado con él mismo que pidió a unos amigos influyentes que le consiguieran un nombramiento en el Regimiento Real de Caballería Húngara, cuyos oficiales tenían uniformes con piel de pantera.

Adoraba esa piel de pantera.

Lo mandó llamar el embajador norteamericano en el Imperio austro-húngaro, Henry Clowes, que era de Cleveland y conocido de los padres de Papá. Éste tenía entonces veintidós años. Clowes le dijo que si se alistaba en un ejército extranjero perdería la ciudadanía norteamericana; que averiguando sus antecedentes se había enterado de que no era el pintor que pretendía ser y que estaba gastando dinero como un marinero borracho; que había escrito a sus padres diciéndoles que su hijo había perdido todo contacto con la realidad y que era tiempo de que lo hicieran volver a su casa y le dieran algún trabajo honesto.

—¿Y si me niego? —dijo Papá.